

DESUSO Y MAL USO DE LA DIMENSIÓN IDENTITARIA EN EL ANÁLISIS DE LA COYUNTURA INTERNACIONAL

Carlos Barbé

Los buenos análisis de los fenómenos internacionales no se limitan obviamente a un único tipo de variables. Los fenómenos internacionales son complejos y sobre ellos inciden factores diferentes: sociales, económicos, políticos, históricos, jurídicos, etc. Los aspectos referidos a la identidad psico-social, sin embargo, son muy a menudo olvidados y en el mejor de los casos, dejados en una zona de sombra. O viceversa, y esto es quizás más peligroso, son usados groseramente sin partir de conceptos claros. Todo esto se evidencia en muchos análisis de la actual coyuntura internacional y lleva a equivocar el verdadero carácter del fenómeno examinado.

Después del 11-S

Al día siguiente del ataque al Pentágono y a las Torres Gemelas, todos los medios de comunicación mundiales desempolvaron el volumen de Huntington (1996): el nuevo escenario no estaría más signado por luchas entre estados como en el pasado, o de una homogenización planetaria (como enfáticamente había vaticinado Fukujama 1989) sino por un choque entre culturas, en primer lugar entre las culturas cristiana y musulmana. Personajes de toda índole sentenciaron (retomando la famosa "Observación preliminar" de Max Weber en "La ética protestante...") que la cultura cristiana habría sido siempre más avanzada que la cultura árabe e incluso "más tolerante" (algo que Amartya Sen se ha preocupado reiteradamente de desmentir con minucias de ejemplos y detalles). Este esquema de base persiste en el último Huntington (2004) si bien en una perspectiva un tanto diferente más en la forma que en la sustancia. Ahora lo preocupan fundamentalmente los "latinos", tanto los hispanos ricos de Miami, que en su momento habían logrado exportar sus capitales desde Cuba a la Florida, como los hispanos pobres de California que se niegan a aprender el inglés, en los partidos internacionales de fútbol abuchean al seleccionado estadounidense y aplauden en cambio frenéticamente al equipo mexicano. Para los Estados Unidos se presentaría a este punto una opción de hierro entre la vía "cosmopolita", que implica la aceptación de las diferentes tradiciones y costumbres aportados por las varias corrientes migratorias, y la "vía imperial": en este caso los Estados Unidos deberían imponer al mundo sus principios de base, en pocas palabras el "credo americano".

Si en los primeros momentos posteriores a la catástrofe del 11-S, la mayor parte de la opinión pública estadounidense manifestó una comprensible reacción identitaria signada por el despliegue de banderas y símbolos patrióticos (una reacción que parece hoy desdibujarse con la inesperada aceptación de G. Bush –formulada incluso con anterioridad a la derrota electoral de noviembre 2006- de que la invasión de Irak se asemeja cada vez más a la guerra de Vietnam) esta visión dicotómica del actual escenario internacional estaba latente en Europa ya antes, mucho antes del ataque al Pentágono y a las Torres Gemelas (o a los posteriores atentados contra el subterráneo de Londres y la estación Atocha de Madrid).

La centralidad de la cuestión inmigratoria había ido generando desde los años Setenta y Ochenta no solamente el proliferar de drásticas actitudes xenófobas y/o racistas, como las del Front National de Le Pen en Francia o la Lega Nord en Italia, sino asimismo una literatura más elegante pero en el fondo no menos contundente. Nosotros no somos racistas –escribía en sustancia Alain de Benoist (1986)- simplemente reclamamos el derecho de vivir calmamente "nuestra identidad" en el territorio de nuestro País.

Francia constituye el mejor ejemplo de un proceso interno que fue "internacionalizado" cuando, ya superado el muro de Berlín, la nueva visión dicotómica del conflicto internacional se generalizó en los años recientes. Y es así, porque Francia es el país europeo que, en virtud de su historia colonial, tiene la mayor proporción de inmigrantes árabes o descendientes de árabes (argelinos, tunecinos, marroquíes). Durante diez años la polémica sobre el uso del velo islámico –desatada por dos jovencitas que, contrariando la tradición laicidad escolar francesa, se negaron a quitarse el velo antes de entrar en el aula de lecciones- conmovió al país y desembocó en la ley del 2004 que prohíbe el uso de "símbolos ostentativos" de las personales convicciones religiosas, de todas las convicciones religiosas (desde el velo islámico, al crucifijo cristiano o a la kippa judía). Esta polémica, impensable en una Gran Bretaña que se pretende "multicultural" o en una Italia oficialmente laica pero en la cual los símbolos católicos están en las escuelas, las aulas y los edificios públicos, tomó un nuevo cariz en los años recientes: el conflicto interno se había dicotómicamente internacionalizado.

A fines del 2005 los medios de comunicación franceses informaron sobre la quema nocturna de coches en algunas periferias de Paris. En los días siguientes los actos de vandalismo aumentaron y los ataques alcanzaron a escuelas y otros edificios públicos. El conflicto se agravó cuando, escapando de la policía que había empezado a reprimir la revuelta, dos jóvenes trataron de refugiarse en una cabina de electricidad y murieron fulminados. En sólo tres semanas los coches quemados fueron más de nueve mil. Protagonistas de la rebelión eran adolescentes, casi exclusivamente varones. El epicentro de los disturbios era uno de los suburbios parisinos que habían sido construidos en los años Sesenta para albergar inmigrantes en un momento en que Francia fomentaba el ingreso de mano de obra extranjera. Pero la rebelión se extendió como un reguero de pólvora en los suburbios de otras ciudades francesas (salvo de alguna como Marsella). Los actos de violencia conmocionaron todo el país y adquirieron mayor ensañamiento cuando el ministro del Interior francés, Sarkozy, anunció que se haría una

vasta represión para liberar las calles de París de la *racaille* (chusma) e inició en las semanas sucesivas una campaña contra la inmigración ilegal que es el punto central de su programa para llegar a la presidencia de la República francesa en el 2007.

Si se observan las inmensas repercusiones de estos hechos las claves interpretativas son fundamentalmente tres.

La primera alude a una protesta *beur* (árabe) desencadenada por la segunda y/o tercera generación de inmigrantes magrebíes. Que esta interpretación haya sido en principio aceptada por gran parte de los medios de comunicación y por no pocos estudiosos, no es algo sorprendente. El epicentro de la rebelión es un suburbio degradado, con escasos medios de transportes que lleguen al centro de París, y habitado en gran parte por beurs. Esta interpretación se encuadra perfectamente en el marco dicotómico con el que se quiere analizar la situación internacional. Mucho más si se tienen en cuenta los atentados terroristas como los de Londres efectuados por ciudadanos ingleses de ascendencia islámica. O sea, cuando la tensión entre las culturas cristiana y musulmana ha llegado incluso a la guerra de las muñecas en las jugueterías: de un lado la Barbie occidental y rubia, del otro la muñeca "islámica" con un vestido largo y el velo en la cabeza (existe también la muñeca producida por los fundamentalistas protestantes estadounidenses vestida con ropas demodé y la Biblia en la mano). Y cuando se vive asimismo la guerra de las hamburguesas entre las hamburguesas mcdonalizadas y las hechas con carne *halal* que se comen acompañadas con bebidas "cola" con el nombre en árabe. Esto es, cuando se asiste a una reivindicación identitaria en la vida cotidiana e incluso en el supermercado.

Esta interpretación no carece pues de asideros sólidos. Mucho más si se tiene en cuenta la discriminación existente en varios ámbitos de la sociedad francesa de frente a los beurs: en la vida cotidiana, en el mundo del trabajo, etc. Como dice Max Gallo, cuando se trata de asumir un dependiente entre François y Mohamed el primero tiene la mayor posibilidad de adjudicarse el puesto. El libro de un joven de origen magrebí tiene a este propósito un título significativo: "El ascensor social no funciona, yo subo por la escalera".

Se trata de una discriminación denunciada no solamente por los beurs pobres sino también por quienes han logrado abrirse paso y ocupan cargos importantes en sus empresas o han tenido éxito en las más distintas actividades. Son estas personas las que se quejan de que se las quiera tratar como representantes de una comunidad étnico-religiosa y sostienen: "lo que tenemos en común con tantos otros no es el origen étnico sino la discriminación sufrida".

Pero esta corriente interpretativa no tiene en cuenta que no todos los protagonistas de la rebelión son beurs. Una parte proviene de las ex-colonias francesas en África subsahariana. Y sobre todo no tiene tampoco en cuenta que solamente una minoría está constituida por musulmanes practicantes.

La segunda línea analítica resalta cuanto he apenas indicado: la pluralidad de sujetos de orígenes diferentes que ha participado directa o indirectamen-

te a la rebelión de las periferias (o de personas que sin participar la han visto con simpatía o al menos sin antipatía). Esta corriente apunta al profundo malestar social que se extiende en varias categorías de la población francesa; a las habitaciones precarias y degradadas; a la desocupación y, fundamentalmente, a la discriminación que se opera en los más diversos sectores de la sociedad.. E incluso en la vida política francesa: es frecuente exaltar el hecho que el seleccionado de fútbol francés es "interétnico", compuesto por jugadores con los más diferentes colores de piel y orígenes étnicos muy distintos, pero no existen trazas de este mestizaje en el Parlamento francés.

La tercera corriente interpretativa tiene una especial importancia para este análisis, está avalada por estudiosos de renombre no solamente franceses, no es ni simplista ni linear y congloba varios elementos.

Antes que nada se parte del sostener (Rifkin, Todd) que los amotinados de las periferias francesas se sienten franceses: no se trataría entonces de una circumscripita revuelta beur.

Partiendo de esta premisa otros agregan (Baudrillard) que se trata de personas que tienen la ciudadanía francesa, han estudiado en escuelas francesas y justo por eso alimentan las mismas esperanzas de vida y de carrera de sus compañeros de escuela que son franceses *de souche*, hijos y nietos de ciudadanos franceses. O sea, no es que el modelo "asimilacionista" francés haya fracasado sino exactamente lo contrario. Baudrillard lleva al extremo esta línea de pensamiento. La revuelta de las periferias francesas es, afirma, la reacción de los excluidos, que pueden tener orígenes africanos, asiáticos o ser franceses de varias generaciones. La exasperación de los excluidos los lleva a rechazar con rabia todo. A su juicio "la cultura occidental se tiene en pie por el deseo del resto del mundo de entrar a hacer parte de esa realidad; cuando si manifiesta una disminución de ese deseo, la cultura occidental pierde para ella misma el sentido de superioridad y la seducción que ejerce sobre los que no pertenecen a ella. Ese es el momento en el cual sus símbolos (automóviles, escuelas, centros comerciales) son saqueados y quemados".

U. Beck debe ser encuadrado en este misma línea de interpretación pero, como veremos, extiende sus consecuencias a nivel mundial. Por lo que se refiere al ejemplo francés, Beck enuncia una posición similar a la de Baudrillard: no es la falta de integración o la integración imperfecta de los extranjeros y sus descendientes lo que genera las reacciones violentas sino lo contrario; se produce una contradicción entre la asimilación cultural y la marginación social. Justamente porque asimilados estos adolescentes tienen los mismos deseos de sus contemporáneos franceses de varias generaciones. "Se habla de inmigrantes y se olvida de decir que son franceses. Se apunta al Islam y se olvida de aclarar que a muchos de estos jóvenes incendiarios la religión no les importa para nada. Se hace referencia al origen étnico y no se quiere admitir que el incendio nace en cambio del "haberse criado aquí, de la asimilación exitosa, de la *égalité* interiorizada".

Pero, el sociólogo alemán amplía el campo analítico. Considera que en la sociedad tecnológica "globalizada" no hay un lugar seguro para todos: una cantidad de individuos son "superfluos" y resultan "ciudadanos" solamente en los papeles. Zonas super industrializadas surgen al lado de desiertos im-

productivos "no solamente en la lejana África sino también en Nueva York, Paris, Roma, Madrid y Berlín. África está en todas partes y se ha transformado en un símbolo de exclusión". En estas condiciones el trabajo no es más una fuente de seguridad personal; en todo el mundo se encuentran formas "escondidas" de desocupación, incluso en el terciario inflado o en actividades "inventadas"(o casi). Y es la desocupación que habría generado en su país un "odio racista" que se vuelca contra todo lo que es "extranjero", incluso en la ex Alemania occidental contra los hijos de los inmigrantes internos provenientes de la ex DDR o contra los "turco-alemanes" u otros descendientes de inmigrantes extranjeros aún si han nacido en Alemania.

En realidad algunas de las afirmaciones de Beck son discutibles. Las actitudes que constata hoy en Alemania podían producirse –y se produjeron– hace muchas décadas en un normal país de inmigración de frente a la mano de obra superflua. Y, sobre todo, no es necesario invocar la "globalización"; de lo que Beck está en realidad hablando es de la extensión mundial del modelo neo-liberal.

Pero algunas de las afirmaciones de Beck introducen a tres temas que tienen una indudable vigencia cuando se analiza la actual coyuntura internacional. Antes de todo des-provincializa el conflicto interno que se verifica en estos momentos en varios países europeos, lo ubica en una perspectiva internacional. En segundo, resalta la importancia analítica de la dimensión "identidad". Y como corolario agrega que una clave fundamental está en la "falta de reconocimiento" de vastos sectores de la población, que reclaman el derecho de ser reconocidos como ciudadanos totales, con iguales posibilidades a los restantes ciudadanos y que sienten la necesidad de ser percibidos como "necesarios".

¿Cuál identidad? ¿Cuál reconocimiento?

Como en todas las disciplinas también en los estudios internacionales una misma palabra puede ser empleada con significados muy diversos. Identidad es una de ellas. Sin detenernos a polemizar con la infinidad de concepciones diferentes sobre la identidad psico-social, que no pueden ser tratadas en este trabajo, asumamos aquí simplemente a la identidad (Barbé 1984, 1997, 2003 y otros trabajos) como un fenómeno complejo que incluye la respuesta al como cada individuo se auto-percibe (¿quien soy yo?) pero teniendo en cuenta que esa respuesta engloba, entre otras cosas, como cada individuo considera que los otros lo ven; y asimismo como el sujeto visualiza su pasado y se proyecta en el futuro.

Obsérvese que todos esos factores están influenciados por las vivencias de cada uno, por la biografía personal de cada individuo.

Y esto nos conduce a una primera advertencia de fundamental importancia: las llamadas "identidades colectivas" son sólo fruto de una ficción como lo es la "persona jurídica" en el campo jurídico. Es sólo una ficción hablar, por ejemplo, de las identidades profesionales creyendo de poder conglobar en ellas a todos los que ejercen una determinada actividad. Y es, con mucha

más razón, una ficción hablar de identidades nacionales (la identidad china, belga o española, o cualquier otra), o religiosas (católica, judía, protestante, musulmana), o étnicas, o raciales, como si constituyeran un todo compacto. Cada individuo vive múltiples reclamos identitarios que se recomponen en una identidad que está siempre jalonada por varias componentes (incluso a menudo contradictorias y que no son siempre totalmente conscientes para él). Cuando una persona se percibe a sí misma como ligada a una confesión religiosa, por ejemplo, el contenido de este sentimiento no siempre es el mismo que experimenta otra persona que se siente ligada al mismo grupo religioso.

Por eso las llamadas "identidades colectivas" (Barbé 2000 y otros trabajos) son simplemente fetas de la identidad personal de específicos individuos, compartidas por una pluralidad de sujetos. Y esos elementos compartidos pueden tener contenidos disímiles. Sentirse argentino o japonés, cristiano o musulmán, puede significar cosas distintas para cada uno de quienes experimentan ese sentimiento el cual pasa a través de una serie de filtros conformados por las particulares condiciones de cada individuo (edad, sexo, preferencias políticas, lugar ocupado en la escala social, afiliaciones religiosas, etc.).

En la conformación de la identidad *alter* (el otro, los otros) juega un papel fundamental, porque las identidades son elaboradas y consolidadas en función de la existencia de "los otros" Y es aquí que comparece el "reconocimiento". Taylor (1993) ve el reconocimiento como un elemento fundamental en la formación de la identidad sea porque el individuo se siente afirmado en función del reconocimiento positivo que los otros le brindan o sufre la consecuencia de factores negativos "que las personas o la sociedad que lo circundan le envían como un espejo, una imagen negativa que lo limita o lo humilla".

Las últimas décadas han visto una serie constante de luchas por el reconocimiento de los más variados tipos: las luchas femeninas y feministas, las de las parejas de hecho, las de los homosexuales y las múltiples reivindicaciones de reconocimiento de parte de minorías étnicas o nacionales. En fondo una de las afirmaciones de Beck que he reseñado antes va en esta dirección: la revuelta de las periferias francesas sería también (al menos en una parte substancial) una de estas luchas.

La actual coyuntura y la dimensión identitaria

Si, como hemos visto en el caso francés, la dimensión identitaria polarizante es usada por algunos para licuar la existencia de otros factores (discriminación social, subalternidad económica, etc.) en otros caso sucede lo contrario. La dimensión identitaria viene dejada en un segundo plano. Pero los conflictos de identidad están presentes en la mayor parte de los choques que pueblan actualmente el panorama internacional. Lo están, por ejemplo, en las guerras (a menudo olvidadas) que cada día se siguen combatiendo en África y en Asia. Pero también en muchos otros campos.

En las páginas precedentes hemos visto, en efecto, como la identidad juega un rol importante en otros escenarios. El intento de Huntington, y de otros neo-con y teo-con, de poner en primer plano una confrontación entre culturas tiende a desviar la atención de una confrontación más grave que se extiende día a día. El ochenta por ciento de la riqueza global está concentrada en menos del veinte por ciento del territorio del planeta. Y es importante decir territorio (y no "en las manos de" menos de un quinto de la población mundial) porque en ese veinte por ciento de territorio la distribución de la riqueza es también profundamente desigual. La tentativa de dicotomizar el conflicto a nivel cultural no debe sin embargo ser subvaluada, se infiltra con facilidad en los pliegues complejos de los fenómenos de identidad. Cualquier estudioso de problemas internacionales sabe, y es solamente un ejemplo, que los estados musulmanes no tienen una política homogénea y no tienen tampoco en todos los casos intereses comunes. Pero la invocación de "identidades colectivas" vistas superficialmente como un todo compacto, logra a menudo disfrazar esa situación.

Curiosamente, Amartya Sen que es fundamentalmente un economista (aún cuando sus campos de interés se ensanchan constantemente) cuando, hace poco más de un año, le fue conferido el doctorado honoris causa por la Universidad de Turín, dedicó su disertación a hablar de identidad. No hizo grandes contribuciones teóricas sobre esto (no era por otra parte su función) pero con gran énfasis trató de desvirtuar la eventual compacta solidez de las que arriba hemos llamado "identidades colectivas".

Otras dicotomías están presentes en el panorama internacional. Entre ellas la confrontación entre la Unión Europea y los Estados Unidos. Desaparecido el bipolarismo EEUU – URSS solamente una potencia "potencial" puede constituir un nuevo polo en el tablero internacional: la UE. La UE ha tenido una larga gestación y en los primeros años del nuevo milenio parecía encaminada a consolidarse estructuralmente con la adopción de un texto constitucional redactado por la comisión presidida por Giscard d'Estaing. La victoria del No en Francia y subsidiariamente en Holanda durante el referéndum constitucional del 2005 ha paralizado por ahora ese proceso y el presidente de la Comisión Europea, Barroso, prefiere dejar pasar uno o dos años antes de volver a hablar de Constitución.

Si la identidad juega un papel importante en estas construcciones hay que constatar que la identidad europea (en el sentido de la identidad colegada al estado supranacional Unión Europea) avanza muy lentamente y es todavía débil. Así surge de una amplia y plurienal investigación comparada internacional (Barbé 2003) y, si bien obtenidos con una metodología convencional y menos compleja, lo confirman los datos de la publicación estadística oficial de la Unión Europea, el Euro barómetro. Quizás el obstáculo no se encuentre solamente en que la UE es un mosaico de naciones diferentes, con idiomas y tradiciones diversos (veinticinco países, diez de los cuales incluidos muy recientemente y al menos otros dos serán admitidos en los próximos meses). Uno de los pilares que faltan es un *alter* con el cual confrontarse (*alter* ocupa siempre un puesto importante en los procesos de identidad). Hasta la caída del muro de Berlín ese *alter* estaba constituido por Europa oriental y el Pacto de Varsovia. Pero hoy ese *alter* no existe y varios de los países que conformaban el Pacto de Varsovia han incluso entrado formar parte de la UE. ¿Cuál puede ser ese *alter* hoy para afianzar la identidad eu-

ropea? Algunos elegirían como contraparte a un Islam genéricamente concebido, el que está a poco pasos, en la orilla puesta del Mediterráneo. Pero quienes así piensan son pocos e, incluso, son en la mayor parte aquellos que se han caracterizado por sus actitudes euro-escépticas, los que son en el fondo antieuropeístas. Los Estados Unidos son sin duda la otra potencia, con la cual la UE puede dialogar pero también confrontarse. Se ha conjeturado incluso la confrontación entre un "modelo europeo" que debería conservar algunas valencias sociales y el fundamentalismo de mercado como llama Dahrendorf al neo-liberalismo económico propiciado por el consenso de Washington. En el momento en que eso decía el mismo Dahrendorf constataba que el creciente neo-liberalismo económico europeo ha conducido en cambio a un acercamiento a los Estados Unidos y a un aumento del euro-escepticismo.

Hubo un momento en que este esquema tendió a cambiar. Cuando millones de europeos ocuparon las plazas y las calles para oponerse a la invasión de Irak mientras multitud de casas estaban embanderadas con la multicolor "bandera de la paz". La afluencia a las manifestaciones fue imponente y los sondeos de todo tipo constataron la mayoritaria voluntad de la población de la UE de oponerse a la operación que el presidente Bush había decidido iniciar. Tres gobernantes –lo ha recordado recientemente el canciller alemán Schroeder– frustraron la constitución de un sólido y compacto bloque europeo contra la aventura irakena: el primer ministro inglés, que hace pocas semanas, forzado por su mismo partido, ha anunciado que no volverá a presentarse en las próximas elecciones británicas, y los jefes de gobierno de España e Italia, ambos derrotados luego en las elecciones efectuadas en los dos países. Pero no existe aún un alter preciso, definido, y fuertemente visto por todos como un alter compartido con el cual la UE debería confrontarse.

Los países del Mercosur manifestaron en el vértice de Mar del Plata en 2005 su oposición al ALCA (imaginado por Bush padre y fuertemente propiciado por Bush hijo) que ha replegado ahora orientándose hacia la firma de tratados bilaterales con quienes aceptan las condiciones propuestas por los EEUU (como Chile) o han sido fuertemente presionados a adherir como la mayor parte de los países centroamericanos. La oposición a la que se pretende sea la mayor área de libre comercio del mundo, viene desde muy lejos. Hay motivos de diferentes tipos esgrimidos por quienes rechazan el ALCA, fundamentalmente de carácter económico o geopolítico (como es el caso de Brasil). Pero ¿el enfrentamiento gira solamente alrededor de la eliminación de los subsidios que tenazmente los EEUU siguen dando a su producción agrícola o encierra también otras causas históricas y exquisitamente identitarias?

La importancia de la variable "identidad" resulta incontrovertible en el análisis de la cuestión migratoria que incluye una secuela de prejuicios y estereotipos que a menudo (Olivieri 1998 y 1999) nacen en las fuentes más impensables como los países de origen de los mismos emigrantes. Toda la primera parte de este trabajo ha aludido precisamente a la cuestión migratoria que es central en la actual coyuntura internacional. Una cuestión compleja y plena de facetas diferentes pero que sin duda no será superada ni por el doble muro que la administración USA ha ahora decidido de construir

en la frontera con México ni por el muro virtual que con naves y aviones la Unión Europea se propone de instalar en el Mediterráneo.

Bibliografía citada en el texto

- Barbé C. (1984) Identidad e identidades colectivas en el análisis del cambio institucional, en "Revista de estudios políticos" (Madrid), n. 37.
- Barbé C. (2000) Conflictos de identidad y supervivencia de los estados nacionales (Italia, España, Francia y Argentina), La Plata.
- Barbé C. (2003) Etnocentrismi, Elementi d'analisi internazionale comparata. Sviluppo, sottosviluppo, globalizzazione, identità, Turín.
- Benoist A. de (1986) Racisme: remarques autour d'une définition, en A. Béjin, J. Freund (comp.) Racismes, Antiracismes, Paris.
- Fukujama F. (1989), The End of History, Londres.
- Huntington S. (1996) The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order, N. York.
- Huntington S. (2004) Who Are We, N. York.
- Olivieri M, (1999) Migraciones, estereotipos y prejuicios, ayer y hoy. El caso italiano, en "Migraciones" (Madrid), n. 5.
- Olivieri M. (1998) Emigrazione italiana,, tra stereotipi e pregiudizi, en Relazioni etniche, stereotipi e pregiudizi, Roma.
- Taylor Ch. (1993) Multiculturalism and The Politics of Recognition, Princeton.